

La Inmaculada Concepción de la Santísima Virgen María

Lc 1: 26-38

Alégrate, llena de gracia, el señor está contigo. La Iglesia Católica, casi desde sus inicios, consideró a la Virgen María como purísima y sin ninguna mancha de pecado original. Este dogma de la Inmaculada Concepción, que hoy celebramos, fue definido el año 1854 por el Papa Pío IX, de feliz memoria. En la bula "Ineffabilis Deus" proclamaba solemnemente que "la Bienaventurada Virgen María fue preservada inmune de toda mancha de pecado original desde el primer instante de su concepción por singular gracia y privilegio de Dios Omnipotente, en atención a los méritos de Jesucristo, Salvador del género humano". Son las palabras textuales de la declaración de este dogma de fe.

El Evangelio de la Solemnidad de hoy nos presenta el pasaje de la Escritura en el que la Iglesia ha visto de forma clara, pero implícita, la afirmación de este dogma mariano. "Alégrate, llena de gracia, el Señor está contigo" son las palabras que el ángel dirige a María, al entrar a su presencia, para comunicarle el mensaje que le traía de parte de Dios. Esta definición, "llena de gracia", le viene aplicada a María en un sentido pleno y total. Ella es la "toda hermosa", la "tota Pulcra", como siempre la han llamado todos los cristianos desde tiempo inmemorial y como canta la Iglesia en las vísperas de esta festividad.

María es la más bella de todas las creaturas; pero no nos referimos sólo a una belleza física, sino sobre todo espiritual: la belleza de su alma por sus virtudes, por su santidad, por la elección divina; porque ha sido totalmente preservada de la mancha del pecado; en una palabra, porque en Ella, en su vientre, alma y corazón, reside el mismo Dios. Ella es "llena de gracia" porque es toda pura y porque Dios la ha elegido para ser la Madre de su Hijo. Ella es "graciosa" porque ha sido "agraciada" de parte de Dios. Ella es, en efecto, "la más hermosa de entre todas las mujeres, la amada del Señor, en quien no hay ninguna tacha" –como canta poéticamente el Cantar de los Cantares–.

Ojalá que también nosotros, todos los cristianos, imitemos a nuestra Madre del cielo en su pureza de cuerpo y alma. ¡Son tan hermosas las almas puras! Ojalá los jóvenes y las jovencitas entendieran que la verdadera belleza, la que nunca acaba y la que siempre perdura no es la belleza caduca y engañosa que se exhibe en las formas del cuerpo, sino la belleza limpia del alma santa, la inocencia de la virtud y la pureza del corazón. Pidamos hoy a María Santísima, nuestra Reina y Madre Inmaculada, que nos haga cada día un poco más semejantes a Ella.

Padre Félix Castro Morales

Fuente: <http://parroquiadelasoledad.org/> (Con permiso a homiletica.org)